



San Juan de la Cruz: Experiencia y teología

Se me pidió que hiciera el discurso inaugural del curso 1990-1991 y que mi reflexión girara en torno a San Juan de la Cruz. Con gusto acepté, dado que dentro de unos meses se abren las celebraciones del cuarto centenario de su muerte. Y pensé que mis reflexiones podrían ir encaminadas a presentar brevemente el tema de la relación entre experiencia y teología en San Juan de la Cruz.

EL TEMA Y SU ACTUALIDAD

El tema, tal y como se plantea hoy, es relativamente nuevo, ya que, en siglos pasados, si bien ha habido siempre grupos de cristianos que consideraban a Juan de la Cruz como maestro de la vida cristiana, como teólogo era más bien ignorado, dado que su forma de reflexión sobre la fe no se ajustaba excesivamente a los modos escolásticos de hacer teología. Quizás por eso, cuando en el año 1891 desde España algunos obispos y la orden del Carmen pidió al Papa León XIII que declarara doctor de la Iglesia a San Juan de la Cruz, esta petición no fue tenida en cuenta. Tuvieron que pasar algunas décadas para que el Papa Pío XI, en 1926, llegara a otorgar a nuestro místico dicho reconocimiento.

Podemos decir que ha sido nuestro siglo el que ha descubierto el valor universal y eclesial de Juan de la Cruz. Primero se le empezó a valorar como literato, y después como pensador y místico. En los albores del siglo, de la mano de algunos pensadores y filósofos, no siempre cristianos y a veces agnósticos, se empezó a considerar a Juan de la Cruz como el maestro supremo de la mística cristiana y uno de los mayores maestros de la mística universal. Convicción que fue echando raíces

cada vez más hondas dentro de la Iglesia después del reconocimiento oficial del título de doctor de la Iglesia por parte de Pío XI. Aunque también hay que decir que, sobre todo durante la primera mitad de siglo, en el Juan de la Cruz pensador y místico no todos valoraban las mismas realidades. Así mientras que algunos le admiraban por su conocimiento del hombre y su visión vitalista profunda y trascendente del ser humano, otros se reforzaban en hacer ver su concordancia y relación con el pensamiento tomista más o menos oficial de la Iglesia del momento.

Todo esto no siempre ayudó a conocer de verdad a Juan de la Cruz, ya que, si bien hizo que muchos lo estudiaran, con frecuencia se puso el acento en lo que no era verdaderamente esencial e importante: ciertas categorías y terminologías filosófico-escolásticas propias de su tiempo, y que también Juan de la Cruz usa, y su modo de plantear algunos temas no siempre coincidente con Santo Tomás y el tomismo oficial. Así por ejemplo, para salvar las diferencias, y dado que tanto el uno como el otro habían sido declarados doctores de la Iglesia por el valor de sus enseñanzas y escritos, Jacques Maritain, a principio de los años treinta, inventó una teoría a la que después otros se adhirieron en las décadas siguientes. En el año 1931 escribió un artículo que título: «Saint Jean de la Croix, praticien de la contemplation» (en *Études Carmélitaines*, p. 61-109). Artículo que posteriormente incorporó a su libro «Distinguer pour unir. Les degrés du savoir» (1932). El estudioso de Juan de la Cruz, Federico Ruiz Salvador, resumen el pensamiento de Maritain al respecto de la siguiente manera:

«El resorte mágico con que Maritain desanuda la dificultad es una detallada distribución de las ciencias en jerarquías y niveles: ciencia comunicable e incommunicable, ciencia especulativa y práctica. Según el autor (Maritain), Santo Tomás habla a nivel especulativo, ontológico, sobre la realidad de las cosas. En el plano especulativo, San Juan de la Cruz admite sin reservas las posiciones tomistas. Sin embargo, el campo que el santo místico cultiva como propio no es el especulativo, sino el práctico concreto. Trata de llevar a las almas a la contemplación, y no de analizar la esencia de ésta. Cuando parece distanciarse de Santo Tomás, es que hace pedagogía, no ontología, y, por consiguiente, no se opone al tomismo, que es rigurosamente teológico (...). En otros términos, si San Juan de la Cruz se pusiera a escribir teología sistemática, repetiría la de Santo Tomás. Si Santo Tomás tradujera sus sistemas a normas de vida ascético-místicas, coincidiría con el de San Juan de la Cruz».

(*Introducción a San Juan de la Cruz*, Madrid, BAC, 1968, pp. 93-94).

Así de fácil.

Algo más adelante el mismo F. Ruiz comenta que, según Maritain, «el más alto saber es el del místico, pero tiene carácter estrictamente personal, y no puede ser comunicado a otros su evidencia de la realidad divina. Inferior a ese conocimiento, tiene el telólogo una visión elaborada de esas mismas realidades, pero con la ventaja de que puede expresarse y comunicarse. En tercer lugar viene de nuevo el místico, pero no ya para manifestar la naturaleza de las cosas divinas, sino con el sencillo propósito de enseñar el camino que conduce hasta ellas». (*Introducción*, o.c., p. 288).

Dentro de este contexto se entiende el sentido de una tesis doctoral que, en su día (1948) pasó más bien desapercibida, y que hace algo más de una década se puso de moda editorialmente hablando. Me refiero a la tesis doctoral de K. Woktyla «La fe según san Juan de la Cruz». El tema de la fe en Juan de la Cruz es ciertamente uno de sus temas más importantes. Pero el autor, dirigido en este caso por el dominico R. Garigou-Lagrange, igualmente apasionado tanto del tomismo como de los grandes místicos católicos, se dejó llevar por la preocupación de demostrar la coincidencia entre los planteamientos tomistas y los sanjuanistas al respecto. Por lo cual, después de innumerables análisis de textos de Juan de la Cruz sobre la fe, nos dice al final de la conclusión y a modo de síntesis, con gran satisfacción: «Así, el pensamiento místico de Juan de la Cruz aparece acorde con el pensamiento teológico de Santo Tomás de Aquino» (Madrid, BAC, 1979, p. 278; cf. también pp. 278-282).

La caída de cierta filosofía y teología escolástica en la segunda mitad de nuestro siglo, ha favorecido el que se haya empezado estudiar y reconocer los grandes contenidos teológicos de la doctrina de Juan de la Cruz desde dentro de lo que es su propio sistema doctrinal teológico-espiritual.

CIENCIA Y EXPERIENCIA DE UN MÍSTICO

El que Juan de la Cruz sea un místico no quiere decir que todo lo que nos habla y enseña lo haya recibido directamente por inspiración divina. Esta idea, que algunos a veces se afanaron en poner de relieve en el pasado, no tiene nada que ver con la realidad de nuestro místico abulense. A su mística se le puede aplicar aquello que él mismo dijo respecto de su poesía, al fin y al cabo también mística. A la pregunta de una religiosa sobre si todas aquellas cosas se las había inspirado Dios, él respondió: «algunas me las inspiró Dios y otras me las he buscado yo».

Juan de la Cruz no tiene nada que ver con la idea de místico inculto y con la del puro pedagogo («praticien de la contemplation»). El fue y es un gran maestro y pedagogo de la fe, pero su pedagogía es mistagogía, y por lo mismo está inspirada y permeada de los grandes contenidos de la fe cristiana. Y esos contenidos los aprendió no sólo en la propia experiencia vital, sino también estudiando y leyendo, ya que la fe viene por el oído y la predicación, como se nos dice en el NT y Juan nos recuerda (cf. 2 *Subida* 3,3; 27,4; 3 *Subida* 31,8).

A lo largo de su no muy dilatada vida, 49 años en total, frecuentó o estuvo en contacto con algunas de las universidades españolas más famosas del momento: Salamanca (1564-1568), en donde cursó artes y teología, Alcalá de Henares (1571-1572), y Baeza (1579-1582). En estas dos últimas ciudades fue rector del colegio-teologado carmelitano. Es tradición de que en Salamanca, al menos por algún tiempo, fue algo así como prefecto o delegado de estudiantes dentro del estudiantado carmelitano de San Andrés. Y se sabe que en Baeza tuvo bastante contacto con dicho ambiente universitario, e incluso un trato frecuente con algunos de sus profesores (cf. P. Crisógono de Jesús, «Vida de San Juan de la Cruz», en *Vida y Obras Completas de San Juan de la Cruz*, 6ª ed., 1972, cap. 4-5 y 11).

Es verdad que Juan de la Cruz no amaba excesivamente cierta teología de escuela y la polémica teológica interminable, por lo que, después de ordenarse de sacerdote (1567), sólo frecuentó la universidad un año más. Y en 1568 ya no volvió a completar sus estudios y obtener, como otros de sus compañeros, los grados pertinentes.

A esta sensibilidad hace referencia, sin duda, uno de sus primeros escritos, cuando dice, dirigiéndose a Dios: «Quédese pues lejos la retórica del mundo; quédense las parlerías y elocuencia seca de la humana sabiduría, flaca e ingeniosa, de que nunca tú gustas, y hablemos palabras al corazón» (*Dichos de luz y amor*, Pról.). De hecho, en sus escritos se puede decir que generalmente no polemiza sobre cuestiones teóricas. Las conoce, y toma simplemente partido cuando cree conveniente y útil. Y no suele citar a casi nadie. De hecho son muy pocos los autores que cita, y sus referencias son más bien breves. Se trata prácticamente siempre de las grandes figuras de la tradición cristiana occidental (Agustín, Gregorio Magno, Bernardo, Tomás de Aquino, etc.). A veces hace referencia a obras de dichos autores que la crítica moderna ha demostrado espurias: Pseudo-Dionisio, Pseudo-Agustín, Pseudo-Tomás, etc. También enuncia en alguna ocasión principios filosóficos de Aristóteles.

Pero a pesar de que las referencias a otros autores no son muchas, los análisis de sus escritos han demostrado claramente que nuestro místico ha leído, conoce y es deudor, en su teología y en sus planteamientos místicos, de otros autores y tradiciones teológico-místicas. Esto sucede en su doctrina como en su poesía.

Muerto Juan de la Cruz, algunos de los que le había tratado pusieron de relieve el hecho de que amaba leer la Biblia y que en su celda no tenía más que dicho libro y el Breviario. El amor del Santo por la Biblia debió de ser ciertamente proverbial entre los suyos. Uno de sus contemporáneos nos recuerda un hecho que pone muy bien de relieve lo que era la sensibilidad de nuestro místico al respecto, tan distinta en muchos aspectos de la de algunos de su época. Nos dice:

«Siendo yo prior del convento de San Felipe, de Lisboa, cuando hubo allí capítulo provincial de nuestra Orden, paseándonos hacia las Atarazanas, que están junto al mar, el Padre Fray Agustín de los Reyes, provincial que era entonces de Sevilla, y yo, me dijo estas palabras: “Arrimado a estas paredes hallé este día al Padre Fray Juan de la Cruz (...) con una Biblia en la mano, ocupado, como solía, en contemplación, al cual dije que, si gustaba, fuésemos los dos a ver a la monja de las llagas, y el Padre Fray Juan de la Cruz me respondió: ¡Vaya de ahí! ¿Para qué quiere ir a ver un embuste? Calle, verá cómo lo descubre Nuestro Señor. Con esto dejándole en su ocupación, me fui. Y después, como habéis visto, sucedió todo, en los años siguientes, como él lo había antes dicho» (cf. Crisógono de Jesús, *Vida...*, o.c., p. 258, nota 5).

Y al final de sus días, cuando en el lecho de muerte empezaron a leerle la recomendación del alma, también entonces reaccionó diciendo: «Dígame, padre, de los Cantares, que eso no es menester» (cf. Crisógono de Jesús, o.c., p. 343).

Pero el no tener en la celda más libro que la Biblia y el Breviario no significa de hecho, por otra parte, que Juan de la Cruz no leyese o no conociese otros libros, como los estudios recientes han demostrado y el mismo Santo nos manifiesta. A veces hace referencia a la abundancia o falta de libros sobre temas concretos que le preocupan o afectan, o sobre los que piensa que puede y debe decir una palabra. Por ejemplo, hablando de la actitud contemplativa en la oración y de lo que él llama «noticia amorosa», dice: «es materia que pocas veces se trata por este estilo, ahora de palabra como de escritura» (2 *Subida* 14,14). Y al principio de *Cántico Espiritual* dice explícitamente que sobre los principiantes hablará muy brevemente «porque para los principiantes

hay muchas cosas escritas» (Pról. 3). Al referirse a las noches o purificaciones pasivas del hombre –noche del sentido y del espíritu, de la sensibilidad y de la religiosidad– comenta que de la primera «con brevedad diremos alguna cosa primero, porque de ella, como cosa más común, se hallan más cosas escritas, por pasar a tratar más de propósito de la Noche espiritual, por haber de ella muy poco lenguaje, así de plática como de escritura, y aún de experiencia muy poco» (1 *Noche oscura* 8,2).

Una referencia muy significativa es la que hace a los escritos de Santa Teresa de Jesús, cuando todavía aún no estaban publicados. Dice en *Cántico Espiritual* a propósito de ciertos fenómenos místicos: «la bienaventurada Teresa de Jesús, nuestra madre, dejó escritas de estas cosas de espíritu admirablemente, las cuales espero en Dios saldrán presto impresas a la luz» (13,7).

En todo caso, Juan de la Cruz intenta hacer su propio camino. Y así se explica que, incluso cuando se descubren influjos y referencias claras de otros autores, espirituales o menos, se compruebe igualmente que nuestro místico siempre transmite de forma creativa y propia los datos, las comparaciones, los principios recibidos o asumidos de otros o simplemente de la tradición. Esta es precisamente una de las características de sus escritos en todas sus líneas. Sucede con su poesía en general, y en particular en el caso claro de sus poemas o glosas llamadas «vueltas a lo divino», transformadas de profanas en religiosas. Sucede con su romance o poema en romance sobre el Salmo 136/137 («Junto a los canales de Babilonia»). Sucede con la serie de romances sobre el evangelio titulada «In principio erat Verbum». Sucede con su magistral poema inspirado en el «Cantar de los Cantares», es decir *Cántico Espiritual*. Y sucede en sus escritos teológico-espirituales y doctrinales en prosa.

Si teología es reflexión sobre la fe, Juan de la Cruz no sólo es teólogo, sino que su pensamiento y escritos están llenos de teología. Aunque su teología sobre las grandes verdades de la fe no sea sistemática, la fe recibida es para él el dato y criterio de toda vivencia: de ahí que se le pueda llamar con razón teólogo místico. Como tal, en lo que se detendrá sobre todo es en las repercusiones que en la vida del individuo creyente tiene precisamente la fe, y la acogida del Dios de la fe.

En las primeras décadas de nuestro siglo, y en el debate sobre el Juan de la Cruz místico, alguno (J. Baruzi) creyó ver cierta incompatibilidad entre su condición de místico y el hecho de aceptar una fe que le venía dada desde fuera. Otros, como ya vimos más arriba (Maritain), creyeron

ver cierta imposibilidad de reconciliación entre su condición de místico y el valor verdaderamente teológico de su doctrina. En la actualidad la reflexión va en la línea de una integración entre esas dos realidades de su enseñanza doctrinal –teología y mística–, porque no puede ser verdaderamente cristiana la segunda sin la primera. El cristianismo es fundamentalmente un don-revelación de Dios, y no puede haber mística cristiana sin tener en cuenta este hecho. Algo que en Juan de la Cruz está muy patente.

En la actualidad, sin embargo, hay algún autor (A. Donazar) que, aun reconociendo a Juan de la Cruz como teólogo místico, no le reconoce su condición de místico sino que le reduce a la condición de un gran teórico de la mística. Es decir, no habría llegado personalmente a la experiencia profunda de los misterios de Dios de los que nos habla. Habría hecho, como otros muchos de su tiempo y posteriores a él, una sistematización, más o menos conseguida, de la doctrina y experiencia de otros: dígase, por ejemplo en este caso, principalmente Teresa de Jesús.

Ante esta postura lo que hay que decir es que la afirmación generalizada de sus contemporáneos, incluida la misma Santa Teresa, va en la línea de definir a Juan de la Cruz como un hombre que vive, siente, gusta y hace gustar y comprender los profundos misterios de Dios. Es más: se nos dice que es un hombre profundamente contemplativo, «hombre celestial y divino».

Lo que sí es cierto, por otra parte, es que Juan es un místico que podríamos llamar «antimístico». En su persona y doctrina relativiza decididamente la importancia de toda la fenomenología considerada mística, que, para él, son realidades completamente accesorias y secundarias, que no indican, de ninguna manera, santidad y mística profunda (cf. 2 *Subida* 22,19). La verdadera mística, de la que prefiere hablarnos en sus escritos, es para él la que conduce a la identificación con el misterio pascual de Jesús. Así habla de noche, muerte, sepulcro, resurrección, vida nueva, en lo que podríamos llamar también una línea y mística plenamente bautismal (cf. *Noche oscura*; J. Castellano; M. A. Díez). El pleno desarrollo normal de este germen lo centra en la plena identificación con el misterio total de Cristo, que a su vez conduce a la plenitud de la vida trinitaria (cf. *Cántico Espiritual*). Y todo esto como consecuencia del esfuerzo humano, pero, sobre todo, por la fuerza transformadora del Espíritu Santo –«llama de amor viva»– que ilumina y llena de luz las profundas cavernas del sentido y del hombre que, por su actual condición pecadora, vive como quien está oscuro y ciego (cf. *Llama de amor viva*).

ELABORACION DE SU DOCTRINA Y ESCRITOS

Aunque Juan de la Cruz no suele hacernos confidencias personales en sus escritos, los prólogos o introducciones a algunas de sus obras son de una gran importancia y valor a la hora de profundizar en el proceso seguido por él al redactar dichos escritos: el por qué y origen de los mismos, lo que pretende hacer y explicar, qué fuentes tiene en cuenta fundamentalmente a la hora de escribir, qué valor da a cada una de ellas, etc.

a) Juan de la Cruz empieza a escribir algunos de sus tratados por sentido de responsabilidad. Siente que Dios le ha dado unas luces y una comprensión de sus misterios que no puede guardar para sí, sino que debe ponerlas a disposición de los demás. En el prólogo de las ya citados *Dichos de luz y amor*, dirigiéndose en oración a Dios, dice:

«También ¡oh Dios y deleite mío! en estos dichos de luz y amor de ti se quiso mi alma emplear por amor de ti, porque, ya que yo, teniendo la lengua de ellos, no tengo la obra y virtud de ellos, que es con lo que, Señor mío, te agradas más que con el lenguaje y sabiduría de ellos, otras personas, provocadas por ellos, por ventura aprovechen en tu servicio y amor en que yo falto, y tenga mi alma en qué se consolar de que haya sido ocasión que lo que falta en ella halles en otras».

Unos años más tarde, en otro de sus escritos, *Subida del Monte Carmelo*, volverá sobre la idea de la responsabilidad que siente de escribir sobre ciertos temas, por la necesidad que ve en la gente sobre algunos temas en el camino de Dios: necesidad y desorientación tanto en la gente normal como en los maestros. Habla de «mucha necesidad..., mucha gente». Y esto le lanza a escribir, más fiado en Dios, nos confiesa, que en las posibilidades que ve en él mismo (cf. *Subida*, Pról. 3). Precisamente éste y otros textos nos demuestran que Juan de la Cruz es un hombre sensible a las necesidades de su tiempo y época, no un místico olvidadizo (cf. J. Vives), aunque su camino y estilo sea distinto del de otros grandes santos de su tiempo y siglo. Necesidades de su época no sólo eran las sociales y culturales. También estaba patente la desorientación espiritual de muchos cristianos que consideraban como esencial lo que era secundario en el camino de la fe y del evangelio.

b) Y ¿cómo escribe Juan de la Cruz? No por puro oficio. Según parece, nunca pensó en una publicación de sus escritos, aunque sí en una difusión de los mismos a través de las copias manuscritas que hacían sus discípulos (cf. Carta 6). En todo caso, antes de ponerse a escribir, Juan de

la Cruz espera a poder decir algo que nazca verdaderamente de Dios. Así en *Llama de amor viva* tenemos una descripción verdaderamente única de este proceso. Dice dirigiéndose a la persona a la que dedica la obra de los comentarios al poema *Llama*:

«Alguna repugnancia he tenido, muy noble y devota señora, en declarar estas cuatro canciones que vuestra merced me ha pedido, porque, por ser de cosas tan interiores y espirituales para las cuales comúnmente falta el lenguaje (porque lo espiritual excede el sentido), con dificultad se dice algo de la sustancia; porque también se habla mal en las entrañas del espíritu si no es con entrañable espíritu; y por lo poco que hay en mí, lo he diferido hasta ahora que el Señor parece que me ha abierto un poco la noticia y dado algún calor (...). Me he animado sabiendo cierto que de mi cosecha nada que haga al caso diré en nada, cuánto más en cosas tan subidas y sustanciales. Por eso no será mío sino lo malo y errado que en ello hubiere; y por eso lo sujeto todo al mejor parecer y al juicio de nuestra Madre la Iglesia Católica Romana, con cuya regla nadie yerra. Y con este presupuesto, arrimándome a la Escritura divina, y como lleve entendido que todo lo que se dijere es tanto menor de lo que allí hay, como lo es lo pintado que lo vivo, me atreveré a decir lo que supiere». (Pról. 1).

El texto que acabamos de transcribir, al igual que otros parecidos en este sentido, no sólo nos describe el proceso de elaboración de unas de las obras más importantes de Juan de la Cruz, sino que además pone de relieve la relatividad de la palabra teológica propia. Ciertamente, los verdaderos místicos esto siempre lo han reconocido. Pero ganaríamos mucho en este sentido si toda la teología aprendiera de estos místicos a tomar conciencia de la limitación de su lenguaje y explicaciones. Después de todo, queda siempre lo más del misterio por decir.

c) El resto del prólogo de *Llama* nos abre también otra cuestión: la de las fuentes de la obra y pensamiento sanjuanista, y el valor que él da a cada una de ellas. Por supuesto que Juan de la Cruz tiene una experiencia propia. Pero, aun valorando su importancia, no es eso lo que principalmente él quiere transmitirnos, sino los contenidos y realidades de la fe y su repercusión sobre el hombre. En este sentido, hablando en *Subida del Monte Carmelo* sobre las revelaciones, hace una reflexión que vale también para la propia experiencia de Dios y su posible valor como criterio de vida. De las revelaciones dice que sólo hay que creerlas en la medida que confirman los contenidos de la revelación original de la

fe. Y en ese caso, no porque se haya revelado ahora de nuevo, sino porque ya en el pasado se revelaron aquellas realidades al hombre (cf. 2 *Subida* 27,4), y de forma especial y definitiva en Cristo (cf. 2 *Subida* 22).

En el prólogo de *Subida* dice claramente que la ciencia y experiencia humano no pueden ser nunca los criterios últimos para expresar y comprender las realidades de la fe, porque pueden acabar fallando y engañando. Por eso, la actitud que a Juan de la Cruz le parece la más adecuada es la siguiente: servirse, sí, de la ciencia y experiencia humanas en la medida de lo posible, pero haciendo que tanto una como otra encuentren su verdadera luz y punto de referencia en lo que transmite la revelación de la palabra de Dios, pues, dice, «el que habla en ella es el Espíritu Santo». Pero tampoco aboga, en todo caso, por una lectura personal de la Escritura, hecha al margen de la Iglesia. En los prólogos de sus obras Juan de la Cruz suele hablar precisamente de esa lectura de la fe y la Escritura hecha en armonía con la Iglesia. Iglesia que no necesariamente es sólo la jerarquía, a la que suele referirse con expresiones como «Santa Madre Iglesia Católica» o parecidas, sino también «cualquiera que en mejor razón de ello juzgare» (*Subida*, Pról. 2).

Criterio supremo, pues, de sus escritos es siempre el dato de la revelación y la fe. Pero la fe necesita también una comprensión o profundización, para lo que pueden ser necesarias y útiles tanto la ciencia humana como la experiencia. Y, de hecho, él se sirve de ambas en sus escritos. Esto es algo obvio, que se comprueba al leerlos, y no vamos aquí a detenernos a demostrarlo.

d) En cuanto al tema de la experiencia que pueda subyacer en los escritos de nuestro místico, hoy día se suele plantear una cuestión metodológica: ¿Hasta qué punto todo lo que Juan de la Cruz escribe corresponde también a su propia experiencia personal? ¿Corresponde todo lo positivo? ¿Corresponde también algo de lo negativo en sus descripciones sobre el hombre caído y no transformado?

Ya dije más arriba que nuestro místico no ha pretendido nunca hacer tratados autobiográficos. Le importa sobre todo presentar los contenidos esenciales de la fe en su máxima fuerza cristiana, para que nadie confunda el camino de la vivencia de los misterios cristianos con otro tipo de experiencia o vivencias. Para reconocerlo como místico, Juan de la Cruz no necesita haber vivido tal cual todo lo que nos dice. De hecho, en una de sus obras más bellas, *Cántico Espiritual*, dice expresamente

que, quedando en claro que el criterio supremo es lo que enseña la fe en la Escritura, piensa aprovecharse también tanto de la experiencia propia como de la ajena: lo que ha conocido y oído a otras personas (Pról. 4).

Sinceramente creo que podemos decir que Juan de la Cruz ha recorrido y experimentado, en mayor o menor medida, las grandes etapas del camino teológico que nos describe en sus obras. Sus grandes intuiciones tienen una marca tan personal y vivencial que parece casi imposible que no hayan nacido de la raíz de la propia vivencia de los misterios de la fe.

Experiencia personal son también las descripciones que hace sobre los cambios espirituales errados. En sí o en otros los experimenta como errados, y de ahí la urgencia que siente de decir sobre ellos una palabra. Pero no para quedarse ahí, sino para acertar en el verdadero camino.

Experiencia personal no necesariamente se identifica con experiencia intimista. Y experiencia personal es la vivencia de la comunión con Dios Trinidad, hechos hijos en el Hijo. Después de todo, nos viene a decir Juan de la Cruz, tanto en *Cántico* como en *Llama*, no hay que maravillarse de estas cosas y que el hombre las alcance a vivir, porque ésta, y no otra, es la llamada de Dios al hombre en Cristo (cf. *Cántico* 39,4-5; *Llama* Pról. 2; 1, 5-6).

CONCLUSION:

LA TEOLOGIA COMO UNA LABOR CONTINUA

En el pasado se decía que de María «nunquam satis». Esto es lo que dice Juan de la Cruz sobre la labor de conocer y profundizar en el misterio y contenidos de la fe, en los misterios salvíficos de Dios en Cristo. Nos dice en *Cántico*: «Por más misterios y maravillas que han descubrieron los santos doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir y aun por entender, y así hay mucho que ahondar en Cristo (...). Que por eso dijo San Pablo de el misterio de Cristo (...): «En Cristo moran todos los tesoros y sabiduría escondidos» (Col. 2,3)» (37,4).

A lo largo de este discurso hemos afirmado y reafirmado la relativización que Juan de la Cruz hace del valor de su propia experiencia y de toda experiencia en orden a hacer criterio de fe. Pero aun siendo eso verdad, nuestro místico propone la vida, la vivencia de los misterios de Cristo como uno de los caminos mejores para llegar a comprender algo en esta vida de la verdad y profundidad de estos

misterios de Dios (cf. *Cántico*). Y digo algo porque, para él, el amor profundo que encierran los designios de Dios en Cristo respecto del hombre, éste sólo los podrá comprender en toda su profundidad en el más allá, en la otra vida. Entonces, nos dice, sucederá que «así como cuando una persona ha llegado de lejos, lo primero que hace es tratar y ver a quien bien quiere, así el alma lo primero que desea hacer en llegando a la vista de Dios es conocer y gozar los profundos secretos y misterios de la Encarnación y las vías antiguas de Dios que de ella dependen» (*Cántico* 37,1)

Y aquí se ha puesto de relieve un dato muy importante para la visión sanjuanista de la teología. Esta no sólo habría de tener como meta el llevar al conocimiento de Dios, sino también el llevar a «gozar» o «gustar» de esos mismos misterios ya desde esta vida. De ahí su distinción entre lo que él llama expresamente «teología escolástica» y «teología mística». La primera ciertamente es necesaria como esfuerzo para mejor comprender y explicar las verdades de la fe, pero es con la segunda, la teología mística, con la que dichas verdades «no solamente se saben, más juntamente se gustan» (*Cántico*, Pról. 3).

JOSÉ D. GAITAN, OCD.

Centro de Estudios Teológicos «San Dámaso». Madrid